



(Safó.)

## BIBLIOTECA COLOMBINA DE SEVILLA.

Uno de los monumentos que honran la literatura, y en que el gran Colón y su hijo se propusieron dejar un magnífico legado á la civilización de España, es la Biblioteca Colombina, situada en uno de los ángulos de la suntuosa catedral de Sevilla. Habiendo D. Cristóbal Colón reunido cuantas obras habían servido para su estudio sobre la existencia de otro hemisferio, las que había adquirido en reinos extranjeros, las que le habían donado los Reyes Católicos, las que fué escribiendo sobre sus viajes y descubrimientos, y últimamente las que en la civilización de aquella época dirigían las ciencias y estudios á que se había dedicado, llegó á reunir 8,000 volúmenes, entre los cuales eran notables su *Diario de navegación y descubrimientos ultramarinos*, y las anécdotas, sucesos é historias de sus viajes, que todavía no han acabado de ser explotadas. Su hijo y heredero D. Fernando Colón, segundo almirante de las Indias, recibió entre sus bienes aquella librería, que por su afición al estudio miró con tal predilección, que trató de completarla y enriquecerla con cuantas obras interesantes pudiese adquirir de España, Bélgica, Holanda, Alemania, Italia y Francia. La librería propia de D. Fernando llegó á 12,000 volúmenes, los cuales coordinó, arregló, numeró y puso en un índice luego que recibió la de su padre, destinando para ello un ángulo de su palacio, junto á la puerta de Góles, hoy Real, de la ciudad de Sevilla, en cuyo sitio permaneció bastantes años con un orden en sus estanterías y colocación de libros, que la hacían ser la principal de España, y pone la fama de D. Fernando Colón en la altura de literato, comparado con la de sabio y conquistador de su inmortal padre. Aquella librería de 20,000 volúmenes escogidos, colocada en un palacio y cuidada por el heredero del mas célebre conquistador, era frecuentemente visitada por los sabios y hombres estudiosos, y venían á con-

sultar en ella extranjeros ilustrados. Tal importancia mereció á Don Fernando su librería, que además de haberla constituido en una fundación de patronato, encargaba á su heredero su aumento en la siguiente cláusula: «Item, porque en lo tocante á la librería, como adelante parecerá, dejo á elección del almirante D. Luis Colón, mi señor sobrino, ó al que me heredare su mayorazgo, que acepte el depósito de ella, y de mis bienes remanentes que yo á ella anexo, digo é suplico á su señoría, que si eligiere de recebilla, que mis casas y huerta que á ella queda anexa, la procure de sostener y aumentar, porque segun he visto sitios de casas por la cristiandad, ninguno pienso haber mejor. Así mesmo digo que no quite los *letreros* que en ella yo dejara puestos, ó que mis testamentarios por mi orden é comision pusieren; mas antes que si por tiempo se envejecieren que los mande renovar de manera que esten siempre legibles, etc.» Concluyendo haciendo otras largas y minuciosas prevenciones sobre el cuidado y perfeccionamiento de su librería.

Por su testamento de 3 de julio de 1539, ante Pedro Castellanos, escribano de Sevilla, legó D. Fernando su librería á su sobrino D. Luis Colón, imponiéndole la obligación de conservarla, sostenerla, abrirla al público y aumentarla con el valor y renta de las casas de su morada palacio, y su mueblaje en que las tenía, y su huerta, sitas á la puerta de Góles de dicha ciudad; y en el caso de no aceptar esta obligación ó no cumplir las condiciones que establecía, pasase en depósito con los mismos deberes al cabildo de la santa iglesia catedral, y si tampoco aceptase ó cumpliese dichas condiciones, pasase en igual forma al monasterio de padres dominicos de San Pablo de la misma ciudad. Y que no cumpliendo ninguno de ellos volviese á los sucesores del almirantazgo de Colón, cuyos poseedores tuviesen derecho á nombrar un visitador ó visitadores que examinasen el estado de la librería y el cumplimiento de aquellas condiciones, por dichas corporaciones depositarias, á cuyo fin hubiese á su puerta un rótulo que espresase estar allí depositada la

15 DE AGOSTO DE 1852.



librería en nombre del almirante, y así se vé actualmente en el tramo que conduce á su entrada.

Enajenadas con el tiempo aquellas fincas, sobre cuyo capital gravaba la renta de 10,000 maravedís, ó 40,000 reales aproximadamente, constituyeron el colegio de San Laureano, de mercenarios calzados, fundado en 1602, en que hoy se halla el presidio correccional: una parte de la huerta ha pertenecido hasta ahora al convento de padres del Pópulo, y otra fué vendida ó cambiada por otro terreno á la autoridad local para ensanche del tránsito público. En cuyos sitios es de lamentar no recuerde alguna inscripcion la propiedad y objeto tan nobles como gloriosos á que habian pertenecido.

Al fallecimiento de D. Fernando Colon era todavía menor su heredero, sobrino y tercer almirante de Indias D. Luis Colon, en cuyo nombre su madre y curadora Doña Maria de Toledo, vireína de las Indias, que habitaba el real alcázar, sin duda por desembarazarse del cargo de la librería, dejó y depositó esta en el monasterio de padres dominicos de San Pablo, hasta que (así decia) la casa de Colon haga otro nuevo edificio ó funde un colegio en que conservar y cuidar la biblioteca. Como este monasterio era el segundo llamado, y solo á la voluntad de la vireína, por ser confesada del mismo y patrona de algunas capillas, debió su preferencia á la catedral; el ilustre cabildo capitular de esta la reclamó judicialmente y obtuvo su entrega de la chancillería de Granada por sentencia de 19 de marzo de 1532, mediante la fianza, que realizó, de 10,000 ducados de oro como garantía de cumplir las condiciones con que dejó gravada D. Fernando su librería.

Hasta esta época solian nombrar los almirantes de Indias visitadores mensuales de su librería, que después lo hicieron mas de tarde en tarde, hasta los últimos tiempos, en que no consta se haya verificado. Estos visitadores examinaban, visaban y vigilaban el estado de la biblioteca, con arreglo á la instruccion que habia dejado el licenciado Marcos Felipe, primer visitador nombrado por D. Fernando Colon en su testamento.

El cabildo catedral aumentó en cumplimiento de su instituto dicha librería con obras apreciables, y muchas de teología; construyó tres magníficos salones y una estantería soberbia para contenerla, la dió el título de biblioteca, la honró con el nombre de su catedral, la dotó de los empleados necesarios y la abrió al público diariamente. Uno de sus mas ilustrados canónigos ha sido siempre elegido para el cargo de bibliotecario, y en el índice de estos hay nombres célebres en sabiduría y en el estado eclesiástico.

Decaidas las rentas eclesiásticas por la desvinculacion civil y eclesiástica, lo fueron tambien las de la biblioteca, mezcladas ya con las del cabildo catedral, á pesar de que pertenecian al patronato particular de los almirantes de Indias, hoy duques de Veragua. Así el presupuesto actual de la biblioteca es 2,000 ducados anuales para sueldos, estantes y obras, de que solo ha recibido últimamente los sueldos del oficial y portero, que importan 5,650 reales anuales, y son los únicos que con el señor canónigo bibliotecario la tienen á su cargo. Por esto carece de las principales obras modernas, siendo sin embargo frecuentemente concurrida por la riqueza que encierra en libros antiguos, documentos manuscritos, y aun obras originales de literatos sevillanos.

El cabildo catedral, en justa gratitud, permitió erigir un magnífico sepulcro de piedra mármol para D. Fernando Colon y su familia, en el trascoro de su grandiosa iglesia, sobre el cual se coloca el Monumento del Jueves Santo, y en cuyo mausoleo permanecen sus cenizas.

Los retratos de los Esmos. arzobispos de la diócesis de Sevilla se hallan colocados en la sala principal de la biblioteca, en cuyo testero se ostenta el verdadero de Cristóbal Colon, de cuerpo entero, regalo hecho á la biblioteca en 1840 por Luis Felipe, rey de los franceses, quien encargó á Emilio Lasalle sacarle del original con aquel objeto.

Aprovecharemos esta ocasion para hacer conmemoracion de la grande y hermosa esfera que se conserva en la biblioteca de la universidad de Salamanca, en que Cristóbal Colon demostró de orden de os Reyes Católicos, ante aquella corporacion, la existencia de un nuevo hemisferio, hallándose cercana la quinta, que entonces era del monasterio de dominicos, en que Colon verificó aquella prueba, habiendo tenido el honor el que firma este artículo de vindicar, como tambien otros lo han hecho, aunque todavía no haya sido opinion adoptada por todos los escritores, á la universidad de Salamanca de haber seguido las doctrinas, comunes entonces, contra las emitidas por Colon, y que se supone haber sido las dominantes en aquella universidad. Efectivamente, la facultad de teología, apegada á las ideas dominantes, no adoptó el plan de Colon, lo que no es de extrañar, porque lo mismo le habia sucedido en muchos reinos extranjeros. Pero en aquella facultad habia doctores mas adelantados que los sabios de Europa que habian desahuciado los proyectos de Colon, y á sus consejos é influencia se debió que los Reyes Católicos no imitasen á los demás reyes de Europa. Así fué que el prior de dominicos, confesor de la reina, doctor de aquella facultad de teología, y obispo que fué después de Salamanca, partió

á la corte desde el seno del claustro, que juzgó los planes de Colon, y logró convencer á la Reina Católica de la posibilidad de aquellos, de la existencia de otro hemisferio, y de la capacidad de Colon para descubrirle. La primera Isabel de España lo oyó con tanto entusiasmo, que se deshizo de sus joyas y mandó ensayar á Colon sus viajes, para traerla otra joya mayor con que enriquecer su corona y la de sus sucesores.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

## INVENCION DEL VAPOR.

La academia de Ciencias de Francia, dice un periódico de Paris, ha recibido una comunicacion interesante de Mr. Arago, relativa á una correspondencia de Dionisio Papin con Leibnitz. En una noticia inserta en el *Anuario de la seccion de longitudes* habia probado Arago que se debia considerar á Papin como el verdadero inventor de los principios fundamentales de la máquina de vapor, tal como se emplea en el dia.

La correspondencia inédita es del mas alto interés, y tal vez no tardará en ver la luz pública. Demuestra con evidencia que en 1707, Papin, retirado en Hanan, y que desde 1693 habia descrito en las *Actas de Leipsick*, y presentado ó anunciado todos los recursos de este nuevo motor, queria aplicarle á la navegacion. Habia hecho construir un barco que recorria el Fulta, movido por el vapor por medio de dos ruedas con paletas segun el sistema atribuido posteriormente al mecánico inglés Mandslay. Quiso pasar á Inglaterra con su barco, pero á pesar de la proteccion del gran duque de Hesse-Cassel, no pudo vencer los obstáculos que se oponian á su ejecucion. En sus cartas á Leibnitz predice que morirá en la lucha; y en efecto, Papin murió en 1710 en un estado próximo á la miseria y sin poder hacer aplicacion de este invento admirable que ha trastornado el mundo. Se asegura que estas cartas obran en poder de un sabio alemán que reside en Marbourg.

Es sumamente estraña esta insistencia que tienen los franceses en afirmar que el inventor del vapor fué Papin, cuando está ya demostrado de una manera incontrovertible que este maravilloso descubrimiento que ha revolucionado las artes, se debe á nuestro compatriota Blasco de Garay. Varias veces hemos tenido ocasion de demostrarlo, por cuya razon no nos detendremos en repetir lo que ya hemos dicho, y solo opondremos á esa manifestacion del periódico francés, la carta que escribió desde Simancas al erudito D. Martin Fernandez Navarrete, el no menos entendido en materia de antigüedades D. Tomás Sanchez, que dice así:

«Blasco de Garay, capitán de mar, propuso en el año 1545 al emperador y rey Carlos V un ingenio para hacer andar las naos y embarcaciones mayores, aun en tiempo de calma, sin necesidad de remos ni velamen.

A pesar de los obstáculos y contradicciones que esperimentó este proyecto, el emperador convino en que se ensayara, como en efecto se verificó en el puerto de Barcelona el dia 17 de junio del espresado año 1545.

Nunca quiso Garay manifestar el ingenio descubiertamente, pero se vió al tiempo del ensayo que consistia en una gran caldera de agua hirviendo, y en unas ruedas de movimiento complicadas á una y otra banda de la embarcacion.

La esperiencia se hizo en una nave de 200 toneles, venida de Colibre á descargar trigo á Barcelona, llamada *La Trinidad*, su capitán Pedro de Searza.

Por comision de Carlos V y del principe Felipe II, su hijo, intervinieron en este negocio D. Enrique de Toledo, el gobernador D. Pedro Cardona, el tesorero Rávago, el vice-canciller, el maestre racional de Cataluña D. Francisco Gralla y otros muchos sugetos de categoria, castellanos y catalanes, entre ellos varios capitanes de mar que presenciaron la operacion unos dentro de la nao, y otros desde la marina.

En los partes que dieron al emperador y al principe, todos generalmente aplaudieron el ingenio, en especial la prontitud con que se daba vuelta á la nao. El tesorero Rávago, enemigo del proyecto, dice que andaria dos leguas cada tres horas; que era muy complicado y costoso, y que habia mucha espocision de que estallase con frecuencia la caldera. Los demás comisionados aseguran que la nao hizo ciahoga dos tantos mas presto que una galera servida por el método regular, y que andaba á legua por hora cuando menos.

Concluido el ensayo, recogió Garay todo el ingenio que habia armado en la nao, y habiéndose depositado las maderas en las atarazanas de Barcelona, guardó para sí lo demás.

A pesar de las dificultades y contradicciones propuestas por Rávago, fué apreciado el pensamiento de Garay, y si la expedicion en que entonces estaba empeñado Carlos V no lo estorbaba, sin duda lo



hubiera alentado y favorecido. Con todo eso promovió al autor á un grado mas, le dió una ayuda de costas de 200,000 mrs. por una vez, mandó pagarle por tesorería general todos los gastos, y le hizo otras mercedes.

Así resulta de los expedientes y registros originales que se custodian en el real archivo de Simancas, entre los papeles de estado del negociado de Cataluña, y los de la secretaría de Guerra, parte de mar y tierra en el referido año 1545.

Ahora solo resta computar fechas, y se verá que cuando Papin pensó ó ideó lo del vapor, habían pasado cerca de dos siglos de la muerte de Garay.

## EL CASTILLO DE MONTRICHARD, ó HISTORIA DE GUILLERY. 1606.

### EL ENCUENTRO.

El espíritu de las tinieblas estaba allí agitando sus alas, semejantes á las nubes que ocultan el trueno y oscurecen la costa, cuyas playas son fecundas en naufragios: su frente se parecía al mar azotado por la tempestad; pensamientos horribles e impenetrables grababan una cólera eterna en sus facciones, y su mirada oscurecía el espacio.

(BYRON, *Vision del juicio final.*)

Era una siesta sombría del mes de febrero de 1606: gruesas nubes azotadas por una fuerte brisa del noroeste se amontonaban húmedas y frías sobre la cabeza del inquieto viandante: de vez en cuando un pálido rayo de sol huía de aquellos amenazadores aludes, y como un relámpago fugitivo iluminaba el paisaje, especie de tela viva, en que la naturaleza, semejante á un gran pintor, parecía haber arrojado los atrevidos rasgos inspirados por una poesía salvaje y melancólica. Las aguas del Loira arrastraban entre sus ondas las nieves y los torrentes que se precipitaban de las montañas de la Auvernia. Sordos murmullos, precursores de un trabajo subterráneo é incesante, se mezclaban á las quejas del viento: á cada instante se veía al río, enemigo infatigable, levantar su cresta imponente casi hasta el nivel de los tablones que serpentean en sus orillas y sirven de comunicacion entre Tours y Amboise.

A la izquierda se estendian ricas dehesas medio sumergidas. A la derecha, y sobre una línea de agrestes rocas, aparecian algunas viviendas, de las cuales salian ligeras nubes de humo, que no tardaban en confundirse con las del cielo. Ningun ser humano animaba con su presencia aquel espectáculo, ni se atrevia á arrostrar unos peligros inevitables para el imprudente viajero.

El dique era impotente contra la lucha de los furiosos elementos, y sin embargo, en uno de los muchos recodos que forma ese trabajo gigantesco, debido á la solicitud de los reyes de Francia, apareció de pronto un hombre, cuyos precipitados pasos y turbada fisonomía revelaban los peligros de su situacion. Su exterior nada tenía de notable; su grosero traje atestiguaba en muchas partes antiguos y leales servicios, é indicaba la clase poco acomodada á que pertenecía su dueño. Llevaba una especie de anguarina de color oscuro, y de su cintura pendía una escarcela de pelo de cabra; su sombrero gris de anchas alas ostentaba una de esas imágenes de plomo, á las que las ideas de la época concedian ciertas virtudes preservadoras. Unas polainas y un garrote con nudos completaban un equipo asaz ligero y conveniente para el método de viajar que habia adoptado.

De vez en cuando dirigía á su alrededor miradas inquietas é indecisas, como si vacilase en proseguir su camino. Reconociendo sin embargo que no le quedaba recurso para alejarse de aquel sitio peligroso, continuaba su marcha, aguijoneado por un terror que se aumentaba por minutos. Entonces hubo uno de esos momentos de calma, mas temibles para el viajero experimentado, que la misma tempestad. Nuestro hombre, por el contrario, pareció que respiraba mas libremente, y miró hacia adelante con mayor seguridad. Pero de pronto se hizo oír un ruido sordo, y las encrespadas olas, rompiendo por fin el obstáculo que por tanto tiempo las habia contenido, se abrieron paso por el dique, que era mas débil en aquel punto. Se abrió este, y el aldeano, lleno de terror, solo tuvo tiempo para hacerse atrás exclamando:

—S. Juan, ten piedad de mí!

Como si su ruego hubiese sido oído, apareció al punto un nuevo personaje al otro lado de la especie de cueva que las aguas acababan de practicar: parecia como que examinaba atentamente y con interés la peligrosa situacion en que se hallaba el viajero.

—¡Vive Dios, que es Juan! grito en seguida. Por aquí, compañero, por aquí.

Entonces, con un vigor y una destreza que no debían esperarse ni de su edad ni de su aspecto, agarró con fuerza por las ramas un árbol que crecía en el extremo de la hondonada, ya medio inclinado por la falta de terreno que lo sostuviese, y precipitándolo sobre la orilla opuesta, hizo señas al viajero para que aprovechase aquel medio inesperado de salvacion. El pobre aldeano asentó con repugnancia y temblando el pié en aquel puente improvisado, y á no ser por el peligro que ambos arrostraban en aquel instante, el otro se hubiera reído de las grotescas contorsiones que hacia su aturrido discípulo de gimnástica.

Su voz se hizo oír de nuevo.

—Pronto, pronto, compadre; no mireis así hacia atrás, ó por el cielo, que ya no será tiempo para salir de tan mal paso.

Rompiendo acto continuo una rama del árbol, la alargó á su compañero animándole con sus señas y con su acento. Reanimado el último, se adelantó dos ó tres pasos, y agarrándose con ambas manos á la rama tutelar, saltó á la opuesta ribera.

—¡Ah, señor Ives! exclamó arrojándose á los brazos de su libertador; sin vos, me hubiera visto perdido. Ofrezco á S. Juan un cirio...

—Ea, ea, compadre, salgamos primero del pantano, y luego cumplireis con vuestra devocion.

Aunque algo escandalizado de la poca reverencia de esta réplica, dirigida á su protector celestial, su único recurso en trances apurados, Juan conoció que aquel no era el momento de discutir: siguió pues el impulso que se le daba, aunque volviendo la cabeza hacia atrás.

—¡Ah, compadre! gritó persignándose devotamente.

No pudo decir mas por impedirse su terror, y le señaló con el dedo el sitio que acababan de abandonar.

El puente lanzado por Ives habia desaparecido.

En su lugar solo se divisaba una inmensa masa de agua espumante, que se precipitaba rugiendo en la llanura y arrastrando los árboles y las piedras, como el torbellino hace volar las pajas y las arenas.

Nada contestó Ives; pero apretó con mas fuerza el brazo del aturrido aldeano, y acelerando ambos el paso, se dirigieron rápidamente hacia la poblacion, cuyos campanarios se divisaban á lo lejos entre la niebla.

El hombre que de un modo tan milagroso acababa de salvar de la muerte al desgraciado Juan, nada ofrecía de particular que mereciese llamar la atencion. Su traje negro, sumamente sencillo, solo se hacia notar por una cadena de oro que le rodeaba el cuello, segun acostumbraban llevarla los sindicos de aquella época. Su estatura era bastante alta, y sus miembros delgados. Sin una especie de mueca burlona que fruncia los pliegues de su labio inferior, sin las oblicuas miradas que algunas veces despedían sus ojos grises, cubiertos por unos párpados larguissimos y canos, nadie hubiera conocido la distancia que separaba á estos dos hombres. La superioridad intelectual posee tambien sus signos de reconocimiento, imposibles de disimular, ya los cubra el paño pardo ó el terciopelo.

De pronto dejó de apresurar el paso, y dijo al aldeano mostrándole los muros del recinto, cuya negra sombra se dibujaba hacia el Poniente.

—Vamos, compañero, valor: hé ahí cerca las murallas de nuestra dichosísima ciudad: el terreno es aquí sólido, y nada tenemos ya que temer.

—¿Nada que temer? repitió el otro como un eco.

Y sus miradas inquietas examinaban las mas pequeñas desigualdades del terreno.

—Hablais muy bien, sin tener en cuenta lo que acaba de sucedernos. ¡Ah! mi pobre Marta tenía razon...

—¿Cómo así?

—Cuidado, me dijo, mira cómo andas tu camino, porque la lechuza chilló anoche tres veces, y Ravageot estuvo aullando hasta el amanecer.

—Esas son necedades.

—¿Con que no creéis en esos pronósticos? repuso Juan mirando á su libertador con desconfianza y separándose de él.

—No por cierto; y en prueba de ello, vamos á sentarnos un rato en este repecho, porque después de los esfuerzos que hemos tenido que hacer me siento fatigado.

—Por mi parte, ya que el bienaventurado S. Juan me ha libertado de la muerte enviándome en mi ayuda, no me detendré un minuto en estos sitios: quiero tranquilizar á mi pobre Marta.

—Vete pues en paz, dijo Ives, porque yo no pienso entrar en la ciudad hasta el anocheecer.

Acto continuo se separaron; pero no bien habia llegado Juan á las puertas de la poblacion, cuando un hombre, un caballero, un ser fantástico se presentó delante de Ives. Este solo recordó que cayó al suelo de hinojos, y que cuando se levantó la vision habia ya desaparecido.



El desgraciado mercader lanzó una especie de gemido sordo, aseguró su escarcela con un gesto intraducible de dolorosa resignación, y temblando de miedo, llegó por fin á la Puerta Nueva. La atravesó sin hacer caso de los saludos de la guardia municipal, y no bien llegó á su casa examinó cerraduras y cerrojos, se acostó sin pronunciar una palabra, soñó que las brujas le llevaban por los aires, y creyendo habérselas con una de ellas, aporreó á su muger por la primera vez de su vida.

Poco antes de la época en que ocurrió la inundación del Loira, la Francia, gracias á las victorias de Enrique IV, acababa de concluir con sus enemigos una paz ventajosa, que se firmó el 2 de mayo de 1598 en Vervins. Felipe II y Manuel de Saboya restituyeron á la Francia sus antiguos límites, y Calais por un lado, el Franco-Condado por otro y el Bearne, aumentaban su esplendor y prosperidad de una manera extraordinaria después de veinticinco años de guerras civiles.

Desde luego se hicieron conocer los beneficios de la paz, así como las sábias providencias de Sully. Pero como si la natural actividad de los franceses se resintiese de la privación de los elementos exteriores, cayeron sobre el país nuevas plagas. Muchos soldados, reducidos á la ociosidad por diversos motivos, se dieron á robar infestando los caminos, y el pueblo no tardó en quejarse de la paz que tanto había deseado. Afligido Enrique por los males que aquejaban á sus vasallos, dictaba á sus autoridades las órdenes mas enérgicas.

«Por lo cual, decia, mandamos á nuestros gobernadores de provincia que persigan y descuarticen á todos los hombres de armas llevar de á pié ó de á caballo, que recorran los campos sin comision es- presa nuestra, y con este objeto les autorizamos á tocar á rebato y á reunir la nobleza, las municipalidades y las parroquias.»

A pesar de esta justicia tan militar como espeditiva, algunos aventureros, mas atrevidos que los demás, se burlaban de las amenazas



— Pronto, pronto, no mireis hacia atrás...

del rey y proseguían robando y asesinando sin piedad á cuantos oponían resistencia. A este número pertenecía el hombre que se había aparecido repentinamente á Ives. Segundón de una casa ilustre de Breñaña, de carácter ardiente y ambicioso, Guillery había seguido desde luego el partido de la Liga. Robusto y ágil, de un valor á toda prueba, supo distinguirse y adquirir bastantes conocimientos en el arte de la guerra para poder llegar á ser algun día un capitán afamado.

Desgraciadamente para su fortuna y para la de otros muchos que solo dependían de sus espadas, la paz de Vervins les obligó á envainarlas. El resultado fué que la desesperación hizo de valientes soldados temibles bandidos, tan perjudiciales como las grandes compañías de que Duguesclin libró á la Francia. Unieronse á Guillery los mas famosos aventureros, á quienes había seducido su reputación, y sus dos hermanos se pusieron también á sus órdenes. Hallóse pues al frente de una partida de mas de cuatrocientos hombres determinados para perseguir á los prebostes, y respetando por lo general á los nobles y saqueando á los mercaderes, organizó el robo, y regularizó el asesinato y el incendio.

Retirado en un bosque hacia los confines de la Turena y del Poitou, llegó á construir y á armar una fortaleza casi inexpugnable. A fuerza de arte y de trabajo la convirtió en una madriguera, de la cual se contaron maravillas, y estas relaciones, acogidas con avidez por la tendencia supersticiosa de la época, tendencia hábilmente explotada por Guillery y sus compañeros, entretenían y desorientaban la curiosidad de los ociosos de las poblaciones circunvecinas. Sus marchas rápidas, que se extendían hasta Normandía y hasta el Leonésado; los espías que el oro de Guillery se proporcionaba en todas partes, y que le ponían al corriente de cuanto ocurría en cada localidad, todas estas causas reunidas prestaban una especie de verosimilitud á aquellos cuentos fantásticos, de modo que se creía generalmente que el jefe de la terrible partida tenía á sus órdenes un espíritu familiar.

Volviendo ahora á nuestra historia, vamos á referir la escena que ocasionó el aturdimiento de Ives, á fin de esponer uno de esos caracteres vaciados en bronce, que á semejanza de las medallas antiguas sirven para reconocer un siglo á la primera mirada.

El mercader recordó los presagios de Juan en cuanto vió á un extraño



delante del pecho en que acababa de sentarse. Queriendo no obstante sustraerse á la debilidad que empezaba á apoderarse de él, hizo un esfuerzo y se levantó de pronto.

—Buenas tardes, compadre, le dijo el hombre que se le había acercado.

—¡Oh! contestó Ives: en estos tiempos nadie aborda á las gentes de ese modo fuera de la ciudad. ¿Qué se os ofrece?

—Disfrutar de vuestra compañía hasta las puertas de esa hermosa población que allá se divisa entre la niebla. ¿Cómo se llama?

—Tours. ¿No sois de este país?

—Sí y no. Soy de todas partes y de ninguna: la Bretaña me reclama y los ecos del Poitou solo repiten el de mi nombre; pero todavía no he elegido el punto que me poseerá definitivamente.

Admirado el mercader le miró y dió algunos pasos para separarse de una sociedad que ya le inspiraba sospechas; pero aquel hombre singular, que parecía complacerse en su aturdimiento, le alcanzó de nuevo diciéndole:

—Poco á poco, amiguito, pues si correis de ese modo, llegareis mo-  
lido á casa. ¿Qué dirá vuestra respetable esposa al saber que esponeis  
tan preciosa salud?

El tono burlon con que fueron pronunciadas estas palabras pareció tan insufrible al mercader, que á toda costa quiso terminar una persecución que se le hacia intolerable.

—Nada os importa mi salud, repuso incomodado.

—Me importa mucho, respondió el otro con cierta suavidad afectada, y sin manifestar que se resentía del tono que tomaba su nuevo conocimiento: vuestra amable esposa seria capaz de quejarse de mí, que solo anhelo vuestro bien... y para daros una prueba...

—¿Contais con acompañarme hasta mi casa? exclamó Ives alarmado.

—Así lo espero, contestó el otro sonriéndose, pues no es justo que os deje solo, cuando nadie sabe qué encuentros puede tener en un camino tan solitario como este. Y á propósito de esto, quiero daros un buen consejo. Decidme, ¿llevais muchos doblones?

Al oír Ives semejante pregunta se puso sumamente inquieto, y contestó temblando:

—Buena cosa preguntais á un pobre mercader arruinado por la guerra civil y por los pleitos. Precisamente tengo que ir á Nantes á la vista de uno, y solo me quedan la esperanza de ganarlo y siete sueldos torneses para comer hoy.

—Pobre tesoro es ese para vuestra escarcela, y bien puede asegurarse que la justicia del rey os enviará al paraíso limpio de polvo y paja. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Con que no habeis procurado haceros con otros recursos? ¿Solo esperais en el rey?

Y al decir esto lanzó al mercader una de aquellas miradas que le hacían temblar. La imaginación del pobre Ives empezó en efecto á turbarse; cuanto mas contemplaba á su interlocutor, mas extraño le parecia; la pluma de su sombrero se cambiaba á sus ojos en dos astas retorcidas de aceradas puntas, y sus piés en dos desmesuradas pezuñas.

El hecho era que Ives tenía miedo. Así fué que respondió maquinalmente:

—¿Y en quién he de confiar?

El otro repuso con ironía:

—En Dios... probablemente.

Ives creyó haber oído mal y respiró mas á sus anchas.

—Y como esta es una buena idea, prosiguió el otro, debemos ponerla sin tardanza en ejecución.

—¿Cómo? preguntó el mercader, que aun no comprendía.

—Escuchad: vos no teneis dinero, ni yo tampoco: hé aqui lo cierto. Ahora bien: pedid y se os dará: pidamos pues para obtener.

Hablando así dirigió una mano á su cinturón.

—Vamos, de rodillas, exclamó acto continuo.

Ives creyó que iba á salir del cinturón una de las pistolas que contenía, y que por lo tanto habia llegado su última hora.

El desconocido sacó de su cinturón un libro.

Ives quedó estupefacto, pues nada comprendía.

—De rodillas he dicho, repitió su acompañante.



—De rodillas, he dicho...

Y cierto fruncimiento de cejas, acompañado de un gesto significativo, probó al pobre mercader que el único recurso que le quedaba era una completa resignación. Dobló devotamente las rodillas, y dirigió una dolorosa mirada hácia su terrible perseguidor.

—Perfectamente, dijo este: ya estais en una postura que envidiarían los buenos religiosos de Marmon-tier. Ahora me toca á mí.

Y aquel extraño personaje se arrodilló á su lado.

—Ea, añadió entonces, oremos, y el primero de los dos que ob-



tenga dinero, lo partirá fraternalmente con el otro. Demos principio.  
Y el pobre diablo tuvo que repetir maquinalmente la oración que el otro iba leyendo en el libro.

Ives juzgaba que estaba soñando.

—Ahora... mano á la escarcela. ¿Está llena ó vacía?  
—¡Ah! contestó el mercader procurando enternecer á su perseguidor; os aseguro que nada hay en ella.  
—Es decir que no oras con fervor.



—¡Oh! Si por cierto.

—Mientes.

—Tan cierto como los dos somos buenos cristianos.

—Mientes por Belcebú, porque yo que no rezo de corazón, he obtenido ya dinero. Si dices la verdad, deberías tener los bolsillos llenos. Toma, añadió, dándole un puñado de monedas pequeñas; ya ves que cumplo nuestro contrato. Prosigamos nuestras oraciones.

Y el aturrido Ives volvió á repetir su lección.

—¿Qué tal? ¿Te han llegado ya muchos *Carolus*?

—Por Dios, concluyamos este juego... os juro...

—Calla, infame: ya veo, descreído, que intentas robarme lo que el cielo te envía para los dos; pero te juro por la hoja de mi daga, que no saldrás con la tuya.

Diciendo así, echó mano á la escarcela del mercader, se la arrancó, y apreciando su peso, añadió:

—¿Lo ves, embustero? ¿Cuántos *Carolus* contiene?

—¡Monseñor! tened compasión de mi muger y de mis pobres hijos... yo os juro...

—Silencio, judío, ó te aplasto contra el suelo. ¡Cuatrocientos hermosísimos escudos torneses! ¡Y todos ellos brillantes como medallas nuevas! ¡Qué magníficas caras!

Ives se arrastraba por el suelo, y se arrancaba la barba y el pelo.

—Lloron miserable, egoísta, usurero! exclamó el desconocido: has de saber que en el fondo soy un buen potentado y guardo fielmente las leyes que redacto. Ahí tienes doscientos escudos, y huye cuanto antes de mi presencia, si no quieres que alguno de mis vasallos te siga la pista y te desvalije. ¡Ah! Si llegas á referir esta aventura, la punta de mi puñal se encargará de cerrarte el pico.

Ives se levantó del suelo, y cogiendo con sus descarnadas manos la bolsa que el otro le alargaba, aunque medio vacía, echó á correr hacia la ciudad: á los pocos pasos dió consigo en tierra. Cuando se levantó no recordaba, sino muy confusamente, la terrible escena en que acababa de representar tan principal papel.

(Continuará.)

## DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

### CAPÍTULO IV.

COLMENARES.

Hemos observado la profunda impresion que hizo en D. Enrique Colmenares la noticia dada por D. Pedro Ponce de Leon, de que habían querido asesinarlo; y con cuánto calor y premura se encargó de

averiguar cuanto pudiera tener relacion con los asesinos del alcaide. Salíó pues de casa del almirante de Castilla, y corriendo á toda carrera, llegó á la plaza de la Catedral, precisamente en el momento en que salía de ella D. Ramiro. Las densas tinieblas de la noche no permitían á Colmenares distinguir los objetos, y como tenía gran interés en hallar el cadáver, cruzó la plaza en diferentes direcciones, hasta que encontró su pié un obstáculo en el cuerpo de un hombre muerto. En vano procuró D. Enrique reconocer las facciones del cadáver; la débil luz de alguno que otro relámpago, que rompía el denso manto de la noche, las iluminaba tan ligeramente y de una manera tan extraña, que solo ocasionaba dudas; y como el buen Colmenares no tenía tiempo que perder, cogió el cadáver, le colocó sobre sus hombros, y llegado al pié de la Giralda, desapareció por la puertecilla secreta que le había dado paso una hora antes.

Luego que se encontró D. Enrique en una especie de subterráneo, alumbrado por una lámpara de bronce, dejó caer el muerto de golpe, y apoderándose de la lámpara, la acercó á su faz, al mismo tiempo que un hombre de repugnante catadura se colocaba tras el caballero, y clavaba su mirada torva y penetrante en el muerto.

Aun no había tenido tiempo Colmenares para distinguir bien las facciones del carnicero, contraídas por las convulsiones de la agonía, cuando dijo el recién llegado:

—¿Enterramos al pobre Anton?

Esta pregunta hizo en D. Enrique la impresion que hace toda sorpresa en circunstancias extraordinarias y en determinados lugares: se enderezó de un salto y llevó la diestra á la empuñadura de la espada, extendiendo el brazo izquierdo con la lámpara, para que diera su luz en el rostro de quien acababa de hablarle.

—No os asustéis, señor; yo soy Calavera el sepulturero: dijo Calavera inclinándose.

D. Enrique le entregó la lámpara, se tranquilizó y dijo:

—Has comprendido mis deseos. Es preciso dar sepultura á ese cadáver; pero es indispensable que se la des tú mismo, por tu propia mano, y sin que nadie mas lo sepa.

—Señor, perded todo cuidado; bajo nuestros piés se abrirá la tierra, y no sabrá nadie que pisa sobre la cabeza de Anton, dijo Calavera con orgullo.

—Toma el precio de tu trabajo y de tu silencio, dijo Colmenares arrojando á los piés del sepulturero una bolsa llena de oro; porque los señores daban el oro hasta á sus mismos cómplices, tirándoselo.

Calavera recogió la bolsa, cuidándose muy poco del modo como la ponían en su poder; pero en vez de guardarla, la dejó sobre el pecho de Anton. La casualidad que colocaba una bolsa llena de oro al lado de una herida recibida por ganar oro, era un magnífico sarcasmo, de esos sarcasmos horribles que no sabe lanzar el ingenio, y cuyo monopolio pertenece á la casualidad.



Desembarazado D. Enrique del cadáver del carnicero, dejó la bóveda de la torre, y con la misma velocidad con que había venido desde la casa del Almirante á la plaza de la Catedral, corrió desde la plaza hasta la cabaña del barquero. Encontró la puerta entornada, y penetró en aquel pobrisimo albergue que alumbraba la misma candelá, chisporroteando como el brasero de una bruja.

La muger del barquero no estaba tan acostumbrada á la presencia de Colmenares como á la de EL CABALLERO; y al ver al primero entrar tranquilamente, lanzó un grito que no le había arrancado Don Ramiro, aunque entró forzando la puerta, y muy inesperadamente.

—¿Por qué grita la buena muger? preguntó D. Enrique recatándose con el embozo.

—Soy, señor, una pobre muger, y me ha sorprendido la presencia de un embozado: respondió la astuta esposa de Fortun, ocultando la verdadera causa de su sobresalto.

—Desecha todo temor, y llama inmediatamente á tu marido.

La muger no respondió palabra ni hizo ningun ademán que indicara que iba á cumplir la orden imperiosa y urgente que le había dado Colmenares.

—¿No has oído, muger, que quiero hablar inmediatamente á Fortun? dijo D. Enrique.

—Mi marido no está en su cabaña, señor: repuso la muger levantándose.

—Pues búscalo, porque le va la vida en hablar conmigo esta noche.

—No puedo buscarlo, porque ignoro absolutamente en dónde se encuentra, caballero.

—¿A qué hora salió Fortun de la cabaña? preguntó D. Enrique queriendo averiguar de este modo si había vuelto de su arriesgada expedición.

—Apenas habrá media hora, respondió la muger, creyendo que de esta manera alejaba toda sospecha, supuesto que Fortun había recibido su herida una hora antes cuando menos.

D. Enrique quiso saber si las respuestas de la pescadora eran verdaderas evasivas, y conservando siempre su embozo, preguntó de nuevo:

—¿A qué hora vino tu marido antes de su última salida?

La pescadora se estremeció ligeramente, pero respondió con aplomo:

—Mi marido ha estado en su barraca desde mucho antes de anoche.

—¿Es mentira! exclamó D. Enrique furioso, porque aquella muger le estaba haciendo perder un tiempo verdaderamente inapreciable.

—Os he dicho la verdad, señor; y podrán atestiguarlo los barqueros, nuestros vecinos.

Iba á proferir Colmenares una horrible blasfemia, cuando se presentó Fortun, que como hemos dicho, había hecho volar á su barquilla. La presencia del barquero tranquilizó un tanto á D. Enrique, y acercándose á Fortun, le dijo con tono imperioso:

—Tengo que hablarte sin dilación y sin testigos.

El barquero dirigió una mirada investigadora y sombría al hombre que tan bien ocultaba su rostro con el embozo; y apoyando su mano derecha sobre el mango del largo puñal que llevaba al cinto, repuso:

—Puede empezar el caballero, que ya lo escucho atentamente.

—He dicho que quiero hablarte sin testigos, insistió Colmenares.

Fortun indicó á su muger que debía salir de la barraca, y esta obedeció después de haber cambiado con su marido una mirada bastante significativa.

—Ya estamos completamente solos, dijo el barquero sin acortar ni un paso la distancia que lo separaba del misterioso personaje.

—¿Me conoces? preguntó D. Enrique desembozándose enteramente.

El barquero se descubrió, y acercándose á Colmenares, repuso con tranquilidad:

—Sois D. Enrique Colmenares, á quien he visto muy pocas veces; pero cuyo rostro conservo bien en la memoria.

—Pues ya debes adivinar el motivo de mi visita, dijo friamente D. Enrique.

—Hemos hecho cuanto ha estado de nuestra parte, pero...

—Sé todo cuanto ha sucedido, y no vengo á reconvenirme por el mal éxito del lance.

—Pues si todo lo sabéis, señor, no adivino el objeto de esta visita.

—Vengo á pedirte el pergamino que te entregó Anton el carnicero.

Fortun meditó un momento, y repuso:

—No puedo entregaros, señor, lo que me pedís con tanto afán.

—El señor de Marchena no ha muerto, y en tal caso no debes conservar la orden que firmé de mi puño, dijo D. Enrique con impaciencia.

—Teneis razon en cierto modo; pero ese fatal pergamino no está en mi poder.

—¿Lo has perdido? preguntó Colmenares en el colmo de la ansiedad.

—Me ha sucedido algo peor.

—¿Qué te ha sucedido, Fortun?

—Me lo han arrancado á la fuerza.

—¿Quién? preguntó D. Enrique temblando.

—EL CABALLERO, respondió el barquero con frialdad.

Al oír Colmenares este nombre se estremeció de pies á cabeza; pero al terror siguió la ira, y desnudando la espada, quiso arrojarla sobre Fortun. El barquero no se movió, contentándose con decir:

—Nada adelantaría matándome, y perdería mucho con mi muerte.

—Habla, murmuró D. Enrique, bajando la punta de su espada.

—No puedo volveros el escrito, porque, como he dicho, está en poder de D. Ramiro, pero puedo poner al CABALLERO en vuestras manos.

—¿Cuándo?

—En este momento si quereis.

—¿Tiene el pergamino sobre sí?

—Indudablemente.

—Acepto, Fortun, lo que me ofreces.

—Pues reunid la gente necesaria para prender á D. Ramiro.

—¿Está solo?

—Enteramente solo.

—Pues los dos seremos bastantes.

—Os engañais, señor. Dos espadas, aunque las manejen dos hombres tan esforzados como diestros, no tendrán á raya la de EL CABALLERO, y yo estoy herido y no puedo manejar la mía.

—No reflexionas que si tardamos podrá escapársenos?

—Es difícil.

—¿Pues en dónde se encuentra?

—Está en el alcázar.

—¿En el alcázar! exclamó Colmenares, no dando crédito á Fortun.

El barquero contó á D. Enrique, acomodándolo á su intento, cuanto acababa de pasarle con D. Ramiro; y le probó que EL CABALLERO no podría salir del alcázar sin el auxilio de la barca, auxilio que no tendría en toda la noche.

Colmenares comprendió al momento todo el partido que podría sacar de este incidente, convino con el barquero un plan que le parecía de seguro éxito, dejó al momento la barraca, llegó á su casa, dió algunas órdenes á sus mas fieles y valientes criados, y se presentó en casa del almirante de Castilla, de donde lo hemos visto salir, acompañado de D. Pedro Ponce de Leon, después de haber empeñado una palabra que todos creyeron poco menos que irrealizable.

(Continuará)

JUAN DE ARIZA.

### Á MI AMIGO EL MARQUÉS DE TABUERNIGA, en la muerte de su hija.

¡Pobre niña! Nacer y morir junto  
vió la espuma que baña  
la ribera del mar; y vió en un punto  
sin nieblas la montaña.

Y perderse en la atmósfera anchurosa  
del dulce canto el eco;  
y el capullo nacido al alba hermosa  
roto á la tarde y seco.

Violo, y luego soñó que á otras regiones  
por mejorar de estado  
sus espumas la mar, eco sus sonos  
hubieran levantado;

Y que con ellos á juntarse fuera  
la niebla antes perdida,  
y el capullo gentil que en la pradera  
vivió tan corta vida.

Y morir quiso, y remontose al cielo  
su espíritu inocente  
por ser feliz; pero á nosotros duelo  
dejónos solamente.

Volvió al jazmin la tez en él formada,  
á la amapola bella  
el matiz de los labios, la mirada  
quedose en una estrella.

Y nada al infeliz padre en consuelo,  
nada al doliente amigo,



supo guardar en su sepulcro el suelo  
que fué de ello testigo.

Y en tanto á mí que corro y cruzo errante  
de Genil las riberas,  
no me dejan lugar para que cante  
las voces lastimeras.

Son suspiros del aura perfumada,  
ayes de las corrientes;  
del aura de los valles de Granada,  
del agua de sus fuentes.

Es de la adelfa que al amor del río  
creciera á la par de ella,  
compartiendo con ella su rocío,  
dulcisima querella.

Si en el Generalife al paso, el viento  
algun ciprés inclina,  
como es murmullo triste, el pensamiento  
allí finje *Etelvina*.

Y oigo su nombre en la robusta almena  
que entre flores asoma,  
donde el espacio de lamentos llena  
la tímida paloma;

Y en el lauro que abriga en su ramaje  
los palacios del moro,  
y en el, de leve trasparente encaje,  
arco bordado en oro.

Por do quiera preguntan ¿dónde? ¿dónde  
está *Etelvina*? y lloran:  
¿por qué tan larga ausencia nos la esconde?  
es que su muerte ignoran.

Y yo no acierto á responder, y exhalo  
en silencioso llanto el dolor mío,  
y con la mano trémula señalo  
las bóvedas azules del vacío.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Granada 6 de julio de 1832.

### AL MISMO ASUNTO.

A mi buen amigo el marqués de Tabuérniga.

¡Cuán bien al lado del Señor reposa  
la que el trasunto de su ser recibe!  
la niña casta y sin igual y hermosa  
mal en el mundo de los malos vive.

Cuando declina Febo al occidente  
cierran su cáliz lánguidas las flores,  
cansadas de mecerse en el ambiente,  
hastadas de brisas y de amores.

*Etelvina* feliz, tierno capullo  
apenas de la aurora saludado,  
al cielo lleva tu primer murmullo  
en néctar y en aromas empapado.

¡Bien hayas tú! De tu virgíneo seno  
que Dios recoja tu primer latido;  
solo Dios mira con amor al bueno,  
solo Dios puede amar al desvalido.

Si por el mundo caminaste á ciegas  
como el alma infantil siempre camina,  
y á abrir los ojos en el cielo llegas,  
ya verás cuánto ganas, *Etelvina*.

V. BARRANTES.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.